

1. El descubrimiento de la Península Ibérica

T. 1 Los confines occidentales del orbe

Yo de ti no me preocupo porque estés enojada, ni aunque vayas a los remotos confines de la tierra y el mar, donde Japeto y Crono aposentados no gozan del brillo del Sol, hijo de Hiperión, ni de los vientos: en torno está el profundo Tártaro. Ni aunque allí llegues errante me preocuparé de tus enojos, pues no hay nada más perro que tú. Así dijo. No le respondió Hera de blancos brazos. Se hundió en el Océano la brillante luz del Sol trayendo la noche negra a la fértil tierra.

Homero, *Ilíada* VIII, 477-486 (Traducción de E. Crespo, Gredos)

T. 2 La ruta hacia el Hades

El soplo del Bóreas impulsará tu nave. Pero cuando en ella hayas cruzado el Océano hasta una baja ribera y los bosques sagrados de Perséfone, altos chopos y sauces de frutos muertos, atraca allí la nave, en el límite del Océano de hondos remolinos, y dirígete tú a la casa de Hades cercada de ríos. Por allí hacia el Aqueronte fluyen el Piriflegetonte y el Cocito, que es un brazo del agua de la Estigia, y hay un peñón en la confluencia de los dos estrepitosos ríos.

Odisea, X, 507-515 (Traducción de C. García Gual, Alianza)

T. 3 El viaje de Ulises hacia los confines del mundo

A lo largo de todo el día se mantuvieron tensas las velas, mientras surcábamos alta mar. Luego se sumergió el sol y se ensombrecieron todos los caminos, mientras la nave llegaba a los límites del Océano de profundas corrientes. Por allí estaban el país y la ciudad de los cimerios, envueltos en nieblas y nubes. Jamás el sol ardiente los contempla bajo sus rayos, ni cuando asciende por el cielo estrellado, ni cuando de nuevo se vuelve hacia la tierra desde el cielo, sino que una noche cruel está tensada sobre estos infelices.

Odisea, XI, 11-19 (Traducción de C. García Gual, Alianza)

T. 4 La ruta hacia el Hades de los pretendientes

Los conducía Hermes, el Benéfico, por las lóbregas sendas. Pasaron más allá de las corrientes del Océano y de la Roca Blanca, pasaron más allá de las Puertas de Sol y del País de los Sueños, y no tardaron en llegar al prado de los asfódelos, donde habitan las almas, imágenes de los difuntos.

Odisea, XXIV, 9-14 (Traducción de C. García Gual, Alianza)

T. 5 Homero y la Península Ibérica

Pero el poeta, que habló de muchas cosas y poseía numerosos conocimientos, proporciona puntos de partida para pensar que tampoco era desconocedor de estas regiones, si se está dispuesto a extraer conclusiones correctas de los dos tipos de testimonios que proporciona, de lo que ha dicho acerca de ellas con menor acierto, y de lo que ha dicho de forma más acertada y más verdadera. Entre los menos acertados, el que oyó decir que Tarteso era la última tierra hacia occidente, donde, como él mismo afirma, se precipita en el Océano

la brillante luz del sol

que arrastra negra noche sobre la tierra fecunda. Pero es evidente que la noche es de mal agüero y cercana al Hades, y Hades al Tártaro; así podría suponerse que había oído hablar acerca de Tarteso y denominó al Tártaro, la última de las regiones subterráneas, a partir de aquel, y que añadió un mito para salvaguardar el aspecto poético, de la misma manera que cuando supo que los cimerios habitaban en regiones septentrionales y sombrías por la zona del Bósforo, los situó junto al Hades (quizá también por el odio común de los jonios hacia este pueblo: pues se dice que en tiempos de Homero o poco antes de él tuvo lugar la invasión de los cimerios que alcanzó hasta Eólida y Jonia), como también de manera parecida a las islas Azuladas modeló a las Errantes, extrayendo siempre sus mitos a partir de algunas informaciones ... Así por lo que respecta a los pasajes menos acertados, se podría deducir el recuerdo de las regiones cercanas a Tarteso a partir de la elaboración del mito del Tártaro. Por lo que respecta a los mejores pasajes, podríamos partir de los siguientes indicios: pues la expedición de Heracles que avanzó hasta aquí y la de los fenicios le sugirieron una cierta riqueza y despreocupación de sus habitantes (pues estos llegaron a estar tan sometidos a los fenicios que la mayor parte de las ciudades de Turdetania y de las regiones vecinas se hallan en la actualidad habitadas por aquéllos). También la expedición de Odiseo me parece que llegó hasta aquí,

servió como fuente de información a Homero y le proporcionó la excusa, de manera que también la Odisea como la Ilíada, a partir de lo que había acontecido la transformó en poesía y elaboró el tipo de mitos habitual en los poetas... Así el poeta, dado que había obtenido informaciones a través de sus conocimientos de tantas expediciones hacia los confines de Iberia, conocedor también de su riqueza y de las demás cualidades (pues los fenicios las habían dado a conocer), situó allí la morada de los bienaventurados y la llanura del Elíseo, donde Proteo afirma que había de morar Menelao:

*Pero a ti hacia la llanura del Elíseo y los confines de la tierra
Te enviarán los inmortales, donde el rubio Radamantis,
Pues allí es muy fácil la vida para los hombres;
Ni nevadas, ni largo invierno ni lluvias nunca,
Sino que siempre las brisas que soplan suaves de Céfiro
Océano envía para refrescar a los hombres.*

Pues la pureza y el soplo suave del céfiro es lo propio de este territorio, que está situado en occidente y expuesto al sol y se halla en los confines de la tierra en los que, afirmamos, el mito sitúa también el Hades; el citado Radamantis sugiere un lugar cercano a Minos, sobre el que afirma:

*Allí vi a Minos ilustre hijo de Zeus,
Con un cetro de oro, impartiendo justicia a los muertos.*

Y los poetas posteriores repiten historias similares: la expedición en busca de las vacas de Gerión y de las manzanas de oro de las Hespérides, y denominan a algunas islas las de los bienaventurados, que en la actualidad sabemos que se sitúan no muy lejos de los cabos de Maurusia que se hallan enfrente de Gades.

Y señalo a los fenicios como sus informadores: pues ellos ocuparon la mejor zona de Iberia y de Libia antes de la época de Homero y continuaron siendo los dueños de estas regiones hasta que los romanos destruyeron su imperio. Estrabón, III, 2, 12 y ss. (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 6. Los fenicios, los primeros descubridores de Iberia

Me parece también que los fenicios, que desde hacía mucho navegaban frecuentemente hacia Iberia con fines comerciales, habitaron alguna parte de ella, y de igual modo los griegos, cuando se dirigieron por mar hacia Tartesos y hacia su rey Argantonio, también algunos de ellos se establecieron en Iberia. Pues el reino de Argantonio se hallaba entre los iberos y me parece a mí que Tartesos era entonces una ciudad marítima, la que ahora se llama Carpesos. Y el santuario de Heracles el de las columnas, me parece a mí que fueron los fenicios quienes lo fundaron; todavía incluso ahora se celebran las prácticas religiosas al modo fenicio, y su dios no es el tebano, sino el de los tirios.

Apiano, *Iberike*, 2 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 7 Las enormes riquezas conseguidas por los fenicios

Se dice que los primeros fenicios que navegaron hacia Tartesos obtuvieron en sus intercambios comerciales a cambio de aceite y pacotilla marina una cantidad de plata tal, que ya no pudieron guardarla ni darle cabida, sino que se vieron obligados cuando partieron de aquellas regiones a componer de plata todos los utensilios de los que se servían e incluso todas las anclas.

Pseudo Aristóteles, *Relatos maravillosos* 135 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Gredos)

T. 8 La fundación de Gades

Entre los relatos de esta clase acerca de la fundación de Gades los gaditanos recuerdan un oráculo que según dicen les aconteció a los tirios, y les ordenaba que enviasen una colonia hacia las Columnas de Heracles. Cuando los que fueron enviados para el reconocimiento llegaron al estrecho de Calpe, consideraron que los cabos que conformaban el estrecho eran los límites de la tierra habitada y de la expedición de Heracles, y que éstos eran también las columnas que había mencionado el oráculo; se detuvieron en un lugar más acá de los estrechos donde en la actualidad se encuentra la ciudad de los exitanos, y realizaron allí un sacrificio, y como las víctimas no les resultaron favorables, regresaron de nuevo. Tiempo después, los enviados avanzaron más allá del estrecho en torno a los mil quinientos estadios hacia una isla consagrada a Heracles, situada junto a la ciudad de Onuba de Iberia, consideraron que las columnas se hallaban allí e hicieron un sacrificio al dios; pero como de nuevo las

víctimas no resultaron favorables, regresaron a casa. Y los que llegaron con la tercera expedición fundaron Gades y erigieron el santuario en la parte oriental de la isla y la ciudad en la occidental.

Estrabón III, 5, 5 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 9 La historia de Coleo de Samos

Pero como los expedicionarios estuvieron ausentes más tiempo del convenido, a Corobio empezaron a agotársele todas las provisiones. Poco después, sin embargo, una nave samia – cuyo patrón era Coleo – que navegaba con rumbo a Egipto se desvió de su ruta y arribó a la citada Platea. Entonces los samios, al enterarse por boca de Corobio de toda la historia, le dejaron provisiones para un año. Acto seguido los samios partieron de la isla y se hicieron a la mar, ansiosos por llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa del viento de levante. Y como el aire no amainó, atravesaron las Columnas de Heracles y, bajo el amparo divino, llegaron a Tarteso. Por aquel entonces ese emporio comercial estaba sin explotar, de manera que, a su regreso a la patria, los samios, con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos positivamente, muchos más beneficios que cualquier otro griego (después eso sí del egineta Sótrato, hijo de Laodamante; pues con este último no puede rivalizar nadie). Los samios apartaron el diezmo de sus ganancias – seis talentos – y mandaron hacer una vasija de bronce, del tipo de las cráteras argólicas, alrededor de la cual hay unas cabezas de grifos en relieve. Esa vasija la consagraron en el Hereo sobre un pedestal compuesto por tres colosos de bronce de siete codos, hincados de hinojos. Este episodio, por cierto, fue el origen remoto de los sólidos lazos de amistad que Cireneos y Tereos entablaron con los samios.

Heródoto IV, 152 (Traducción de C. Schrader, Gredos)

T. 10 Los Foceos y la Península Ibérica

Los habitantes de Focea, por cierto, fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tarteso. No navegaban en naves mercantes, sino en penteconteros. Y, al llegar a Tarteso, se hicieron muy amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que gobernó Tarteso durante ochenta años y vivió en total ciento

veinte. Pues bien, los foceos se hicieron tan grandes amigos de este hombre, que, primero, les animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen; y, posteriormente, al no lograr persuadir a los foceos sobre el particular, cuando se enteró por ellos de cómo progresaba el medo, les dio dinero para circundar su ciudad con un muro. Y se lo dio a discreción, pues el perímetro de la muralla mide, efectivamente, no pocos estadios y toda ella es de bloques de piedra grandes y bien ensamblados. De este modo, pues, fue como pudo construirse la muralla de Focea.

Heródoto I, 163 (Traducción de C. Schrader, Gredos)

T. 11 Una visión de la Península desde la costa

*Este pueblo ibérico, el que digo habita las costas del Estrecho, siendo un solo pueblo se distingue por nombres según las tribus: primero están los que habitando las tierras extremas de Occidente se llaman cinetas (a partir de aquellos, para el que vaya hacia el norte están los gletes); luego los tartesios; luego los elbisinos; luego los mastienos; luego los celcianos; y después, *** ya el Ródano.*

Herodoro de Heraclea, fr 2 Jacoby (Traducción de E. Gangutia, Testimonia Hispaniae Antiqua)

T. 12 ¿La descripción de un viejo periplo?

El río Ana corre allá por medio de los cinetas y surca sus vegas. Se abre nuevamente un golfo y el territorio se extiende curvándose hacia el mediodía. Desde este río consignado se desgajan de repente dos ramales y su caudal, como en lenta formación, rechaza las aguas espesas del golfo ya dicho (en efecto, aquí las profundidades son de puro y denso lodo). En esta zona se levanta a lo alto la cumbre de dos islas, la menor carece de nombre y a la otra una costumbre insistente la llamó Agónida. A continuación se halla el impresionante peñón Sagrado, erizado de peñascos y consagrado a Saturno; hierve la mar agitada y la costa despliega un frente rocoso. Aquí sus habitantes poseen cabrillas hirsutas y abundantes machos cabríos, que siempre andan vagando por un territorio cubierto de maleza; y producen unas cerdas muy alargadas y recias para su utilización en las tiendas de los campamentos y las

velas y capotes de los marinos. Desde aquí hasta el río se ha dicho que hay un trayecto de un solo sol; también aquí se halla el límite del pueblo de los cinetes. El país tartesio confina con éstos y el río Tarteso baña la comarca. Acto seguido se extiende el macizo consagrado al Céfiro, por lo que la cumbre de este peñón ha sido llamada Cefíride.

Avieno, *Costas Marinas*, 205-227 (Traducción de J. Calderón, Gredos)

T. 13 Euctemón y las columnas

Afirma también el ateniense Euctemón que no existen allí peñas, ni se alzan cumbres en ninguna de las dos partes; recuerda que entre las campiñas de tierra libia y la costa de Europa se hallan dos islas; dice que se las llama Columnas de Hércules; refiere que están separadas treinta estadios; que por doquier están cubiertas de bosques impresionantes y que son siempre inhóspitas para los marinos. Asevera, en efecto, que hay en ellas templos y altares a Hércules, que los bajeles extranjeros se dirigen allí para ofrecer sacrificios a este dios y se van apresuradamente, pues se tiene por impío demorarse en estas islas. Informa que la mar se mantiene tanto en los alrededores como en las cercanías con poquísimas profundidades en una amplia área; que los navíos no pueden arribar cargados a estos parajes a causa del poco calado de las aguas y por el espeso fango de la costa. Pero que si alguien tiene el firme propósito de aproximarse allá por el templo en sí, entonces nos informa de que ese tal pone proa hacia la isla de la Luna, librar de carga a la nave y, aun así, aligerada la lancha, apenas logra desplazarse sobre las saladas aguas.

Avieno, *Costas Marinas*, 350-369 (Traducción de J. Calderón, Gredos)

T. 14 Un paisaje peninsular arcaico

Después se extienden los rudos indigetes; pueblo este inculto, pueblo intrépido en la caza y habitante en guaridas. Luego, el cabo Celebándico alarga la mole de su silueta hasta entrar en la salada Tetis. Que aquí estuvo la ciudad de Cipsela es ya tan sólo un recuerdo, pues el escabroso suelo no conserva ningún vestigio de la ciudad primitiva. Allá se abre un puerto en un golfo enorme y el mar se mete anchamente en la tierra arqueada. Tras esto, se alarga la costa indicética, hasta el extremo de la sobresaliente Pirena. Después de aquel litoral, que dijimos se extendía un trecho en ligera pendiente, se destaca el monte

Malodes, donde entre las olas sobresalen dos escollos y sus dos cimas se alzan a lo alto de las nubes; en medio de ellos, por otra parte, se halla un puerto holgado y la llanura marina no está sometida a ningún viento; pues las cumbres de los peñones, con sus escolleras por delante, ciñen a lo largo y ancho todos los flancos y entre los roquedales el abismo marino se resguarda tranquilo, reposa la mar, el piélago permanece inmóvil en su encierro.

Avieno, *Costas marinas*, 523-543 (Traducción de J. Calderón, Gredos)

2. Establecimientos griegos en la Península Ibérica

T. 1 Los griegos y Tartesos

No muy lejos de Cástulo se halla también la montaña, desde la que según dicen fluye el Betis; la llaman Plateada a causa de las minas de plata que hay en ella. Polibio afirma que tanto el Anas como el Betis fluyen desde Celtiberia (se hallan separados uno de otro por unos novecientos estadios); pues los celtíberos, como habían acrecentado su poder hicieron que todos los territorios vecinos recibieran el mismo nombre que ellos. Parece que los antiguos llamaban 'Tarteso' al Betis y 'Eritía' a Gades y a las islas vecinas; por lo que se supone que Estesícoro dijo acerca del boyero Gerión, que había nacido

casi enfrente de la ilustre Eritía junto a las fuentes inagotables del río Tarteso de raíces de plata en la cavidad de una roca. (Estesícoro fr. 4 D) Como las desembocaduras del río son dos, se dice que en el territorio intermedio se había edificado anteriormente una ciudad, a la que llamaban Tarteso, con el mismo nombre que el río, y Tartésida a la tierra, que los túrdulos habitan en la actualidad. También Eratóstenes afirma que se llamaba Tartésida a la región que linda con Calpe, y a Eritía 'isla afortunada'. Artemidoro le contradice y afirma que también en esto ha incurrido en falsedades, al igual que el que el Promontorio Sagrado dista desde Gades cinco días de navegación, a pesar de que no hay más de mil setecientos estadios, y el que las mareas alcancen solo hasta aquí en lugar de que tengan lugar en el perímetro de toda la tierra habitada, y el que las partes más septentrionales de Iberia constituyan un camino más accesible hacia la Céltica que si se navega por el Océano, y todas las demás cosas que ha dicho por haber concedido crédito a Píteas a causa de su fanfarronería.

Estrabón III, 2, 11 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 2 Tartesos en el imaginario griego

Se podría suponer que por su abundante prosperidad se cree que las gentes de aquí son longevas, y en particular sus soberanos, y que por esto Anacreonte dijo así:

Pues no querría ni el cuerno de Amaltea ni reinar ciento cincuenta años en Tarteso

y que Heródoto ha registrado también el nombre del rey: le llama Argantonio (pues las palabras de Anacreonte podrían interpretarse así -durante tanto tiempo como este-, o de manera más general: 'reinar durante mucho tiempo en Tarteso'). Algunos llaman Tarteso a la actual Carteya.

Estrabón III, 2, 14 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 3 Emporion

Los emporitanos habitaban antes una islita situada delante de la costa, que en la actualidad se denomina Ciudad Vieja; pero ahora habitan en el continente. Emporion es una ciudad doble, separada por una muralla: anteriormente había tenido como vecinos a algunos de los indicetas, quienes, aunque tenían su propia forma de gobierno, por razones de seguridad desearon sin embargo tener en común con los griegos un recinto amurallado, y éste estaba dividido en dos, delimitado en medio por una muralla; pero con el tiempo convergieron hacia la misma organización política, una mezcla de las leyes bárbaras y griegas, como ha sucedido también en otros muchos lugares.

Estrabón III, 4, 8 (Traducción de F. J. Gómez Espelosin, Alianza)

T. 4 El territorio de Emporion

Fluye también un río en las cercanías, desde sus fuentes en el Pirineo, cuya desembocadura constituye el puerto de los emporitanos. Los emporitanos son bastante hábiles en tejer el lino; el territorio del interior que poseen, una parte es próspera y otra productora de un esparto de los más inútiles y de un junco de pantano (la denominan llanura Juncaria); algunos de los emporitanos ocupan incluso los cabos del Pirineo que van hasta los Trofeos de Pompeyo.

Estrabón III, 4, 9 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 5 Una ciudad dividida

Todavía en aquella época Emporias estaba formada por dos poblaciones separadas por una muralla. Una estaba habitada por griegos oriundos de Focea como los masilienses, y la otra por hispanos. Pero la parte griega, que daba al mar, tenía una muralla cuyo perímetro no llegaba en total a los cuatrocientos

pasos, mientras que la muralla de los hispanos, más alejada del mar, tenía una circunferencia de tres mil pasos. La colonia romana que después incorporó el divino César tras la derrota de los hijos de Pompeyo constituyó un tercer tipo de población; actualmente están todos amalgamados en un solo cuerpo, al haberseles concedido la ciudadanía romana primero a los hispanos y finalmente también a los griegos. Quien los observara entonces, se preguntaría extrañado qué era lo que los defendía, pues por un lado estaba el mar abierto y por otro tenían delante un pueblo tan fiero y belicoso como el hispano. El guardián de su débil posición era la disciplina, que el miedo obliga a mantener cuando se está rodeado por otros más fuertes. Tenían muy bien fortificada la parte de muralla que daba al campo, y por aquel lado solamente habían puesto una puerta en la que siempre había alguno de los magistrados de guardia permanente. Durante la noche, una tercera parte de los ciudadanos vigilaba en las murallas; y no lo hacían sólo por hábito o por obligación, sino que ponían tanto cuidado en los turnos de centinela y en las rondas como si el enemigo estuviera a las puertas. No dejaban entrar en la ciudad a ningún hispano, ni tampoco salían ellos mismos sin una buena razón. La salida hacia el mar era libre para todos. Por la puerta que daba a la ciudad de los hispanos nunca salían sino en grupos numerosos, generalmente la tercera parte a la que había correspondido la vigilancia la noche anterior. El motivo de la salida era el siguiente: los hispanos, que no tenían experiencia en la navegación, se alegraban de comerciar con ellos y a su vez querían comprar los artículos que se importaban en barco y dar salida a los productos del campo. Estas ventajas mutuas eran la causa de que los griegos tuvieran libre acceso a la ciudad hispana. Éstos, por otra parte, se sentían más seguros por estar a cubierto bajo la protección de la amistad romana, que cultivaban con tanta lealtad como los masilienses aunque sus recursos eran menores.

Tito Livio, XXXIV, 9 (Traducción de J. A. Villar, Gredos)

T. 6 Rode

Y todo el litoral desde las Columnas hasta aquí escasea en puertos. Pero a partir de aquí la costa que viene a continuación ya tiene buenos puertos y un territorio fértil, el de los leetanos, Iartolaetas y otros tales hasta Emporion. Esta es una fundación de los masaliotas, que dista unos cuarenta estadios del Pirineo y de

los límites de Iberia con la Céltica. También toda esta región es próspera y dotada de buenos puertos. Allí se encuentra también Rode, un establecimiento de los emporitanos (aunque algunos afirman que es una fundación de los rodios); allí y en Emporion veneran a la Ártemis efesia, pero expondremos la causa en la parte de nuestra obra relativa a Masalia.

Estrabón, III, 4, 8 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 7 Otros establecimientos griegos en Iberia

Así pues entre el Sucro y Cartago Nova hay tres establecimientos de los masalios no muy lejos del río. El más conocido de estos es Hemeroscopio, que tiene sobre el promontorio un santuario muy venerado de la Ártemis efesia y que Sertorio utilizó como base de operaciones marítimas (pues está muy bien fortificado y es propio de piratas, visible desde muy lejos para los que se aproximan por mar); se llama Dianio, que es igual que Artemisio; tiene cerca unas prósperas minas de hierro e islotes, Planesia y Plumbaria, y un lago salado al interior que tiene de perímetro cuatrocientos estadios.

Estrabón, III, 4, 6 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 8 La misteriosa Mainake

La primera ciudad en este litoral es Malaca, que dista de Calpe lo mismo que Gades. Es un mercado para los nómadas de la costa de enfrente y tiene grandes saladeros. Algunos consideran que ésta es la misma que Mainake, de la que sabemos por tradición que fue la última ciudad de los foceos hacia occidente; pero no lo es, sino que Mainake está más lejos de Calpe, está destruida hasta los cimientos, pero conserva huellas de una ciudad griega, en cambio Malaca está más cerca y es de apariencia fenicia. A continuación se halla la ciudad de los exitanos, que ha dado también nombre a las salazones;

Estrabón III, 4, 2 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

3. Griegos en la Península ibérica

T. 1 Carta de un comerciante de Emporion

*... de forma que estés en Saiganta, y si ...
... con los emporitanos y no te embarcas (?)...
... no menos de veinte y vino no menos de diez (?) ...
... que (lo) ha comprado en Salgante Basped...
...(una barca) adecuada para la navegación costera incluso hasta.
... qué es lo que hay que hacer ...
...y pide a Basped.. que te remolque ...
... preguntar si hay alguien para remolcar hasta ...
... el nuestro. Y, si hubiese dos, que los envíe a los dos ...
... pero que (el responsable?) sea él. Y si él mismo quisiera ...
... que vaya a medias. Pero, si no (está de acuerdo?) ...
... que ... y que me comunique por carta por cuánto ...
... lo más pronto que pueda ...
... (Ésas) son mis instrucciones. Salud.*

Carta sobre lámina de plomo (Traducción de H. Rodríguez, *Testimonia Hispaniae Antiqua*)

T. 2 Un documento comercial

*X, (Ciprio?) había comprado una barca a los emporitanos, y compró también...
A mí me cedió una participación de la mitad al precio de dos octanios y medio.
Dos hectanios y medio le di en efectivo y una fianza personal de una trite, y
aquella suma final la recibió en el río. El anticipo se lo entregué donde están
atracasdas las barcas, siendo testigos Basigerro, Blerias, Golo.biur y Sedegon;
éstos, testigos cuando entregué la señal; pero cuando completé la suma de dos
octanios y medio ..auaruas, Nalbe..n, Heronoiiios?*

Lámina de plomo de Pech Maho (Traducción de H. Rodríguez, *Testimonia Hispaniae Antiqua*)

T. 3 Carta sobre tablilla de terracotta

Un saludo (envía) Énergos, (tu) hermano (que vive) en Empilio (o Enfilio). No hay necesidad de ningún barro especial ni hollín, pues ya he cocido (vasijas) que son buenas para pintar, del mismo modo que (se trabaja) con bronce en plata (o del mismo modo en que se añade la plata al bronce). Es decir, que el cocer del modo habitual (con tal porcentaje) hace que se rompan las vasijas. Examina los hornos de tipo etrusco. Tibeko, el amigo del capitán, que llevará la carta, tiene autoridad (¿) en la colonia. Los de calidad superior, verdes y resistentes, y las negras...

Traducción de H. Rodríguez Somolinos, *Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae*

T. 4 El confuso estatus de Sagunto

Los saguntinos, colonos de los de Zacinto, situados a medio camino entre los Pirineos y el río Ebro, y todos los otros griegos, tanto los que habitaban en los alrededores de la llamada Emporion como en cualquier otra parte de Iberia, como temían por su seguridad, enviaron embajadores a Roma. El Senado, que no deseaba que la potencia de los cartagineses estuviera en alza, envió embajadores hacia Cartago. Y unos y otros convinieron en que el límite del imperio cartaginés en Iberia fuera el río Ebro y que ni los romanos hicieran la guerra contra los que habitaban más allá de este río, que eran súbditos de los cartagineses, ni que los cartagineses cruzaran el Ebro en son de guerra, y que los saguntinos y los demás griegos de Iberia se gobernasen por sus propias leyes y fueran libres. Y estas cláusulas se añadieron por escrito a los tratados entre romanos y cartagineses.

Apiano, *Iberike* 7 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 5 Roma y Sagunto

Los saguntinos, cuando se vieron abatidos por una desgracia repentina e inesperada, enviaron embajadores hacia Roma. Y el Senado envió con ellos legados que en primer lugar debían recordar a Aníbal lo acordado, y en caso de que no obedeciera, navegarían hacia Cartago para quejarse contra él. A estos

embajadores que habían venido por mar hacia Iberia, en el momento en que desembarcaban desde el mar hacia su campamento, Aníbal les prohibió el acceso al mismo. Y ellos volvieron a partir hacia Cartago junto con los embajadores de los saguntinos y les recordaron los acuerdos. Los cartagineses, por su parte, acusaron a los saguntinos de haber inferido numerosas injusticias contra sus súbditos. Y los embajadores de los saguntinos les remitieron a juicio ante jueces romanos. Pero los cartagineses replicaron que no tenían necesidad de juicio, pues eran capaces de defenderse por sí mismos. Cuando estas noticias llegaron a Roma, unos incitaban a llevar a cabo de forma inmediata una alianza con los saguntinos, otros en cambio se mostraban todavía recelosos, alegando que no habían sido inscritos en los pactos como aliados sino como autónomos y libres, y libres eran todavía a pesar de que se hallaban sometidos a un asedio. Y se impuso esta opinión.

Apiano, *Iberike*, 11 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 6 La ciudad de Cartago Nova

Está situada hacia la mitad del litoral costero de Iberia, en un golfo que se orienta hacia el viento liba; su profundidad es de unos veinte estadios y la anchura entre las dos puntas de diez; todo el golfo ocupa una posición de puerto debido a esta causa. En su boca hay una isla que deja una estrecha entrada entre cada una de las partes. Al acoger esta el oleaje marino sucede que todo el golfo posee una calma total, excepto cuando los vientos libas al soplar hacia cada una de las entradas remueven el oleaje. Los otros vientos, en cambio, no remueven las aguas, debido a la tierra firme que las circundan. En el fondo del golfo hay un promontorio que forma una península, sobre el que se halla situada la ciudad, rodeada por el mar por el este y por el sur, por el oeste por una laguna que la rodea por todos lados y en parte por el norte, de modo que el resto del lugar hasta el otro lado del mar, que es el que enlaza la ciudad con tierra firme, no es mayor que dos estadios. La propia ciudad es cóncava en su centro; en su parte meridional presenta un acceso más plano desde el mar; el resto está ocupado por colinas, dos de ellas montuosas y escarpadas, en cambio las otras tres mucho más aplanadas, pero abruptas y difíciles de acceder; la mayor de ellas está situada al este de la ciudad y se proyecta hacia el mar; sobre la que se

levanta un templo de Asclepio. Otra enfrente de esta al oeste posee una situación parecida, en la que se han dispuesto de manera suntuosa palacios reales, que mandó construir Asdrúbal según dicen, que aspiraba a un poder monárquico. Las otras tres restantes que sobrepasan unas colinas menores rodean la parte septentrional de la ciudad. De las tres, la orientada hacia el este se llama la de Hefesto, la que viene a continuación, la de Aletes, -parece que este fue el descubridor de las minas de plata y consiguió por ello honores divinos- y la tercera se llama la de Crono. Sucede que la laguna ha abierto un curso de agua con el mar circundante hecho por la mano del hombre a causa de los trabajos en el mar. Por el corte del borde de la abertura que las separa se ha tendido un puente para que las bestias de carga y los carros puedan hacer el transporte de los suministros necesarios desde el territorio de la ciudad.

Polibio X, 10 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín)

T. 7 Griegos al servicio de Cartago

Los cartagineses, tan pronto como hubieron enderezado sus asuntos de África, alistaron tropas y enviaron inmediatamente a Amílcar a las regiones de Iberia. Amílcar tomó este ejército y a su hijo Aníbal, que entonces tenía nueve años, atravesó las columnas de Heracles y recuperó para los cartagineses la situación de Iberia. Pasó casi nueve años en estas regiones e hizo súbditos de Cartago a muchos iberos mediante la guerra y a otros muchos mediante la persuasión. Y acabó su vida de una manera digna de sus hazañas anteriores. Pues en una batalla contra unas gentes muy valerosas y que disponían de una gran potencia se comportó con audacia y temeridad en ocasión del mayor peligro y perdió la vida con pleno coraje. Entonces los cartagineses entregaron el mando a Asdrúbal, que era yerno de Amílcar y trierarco.

Polibio, II, 1, 5-9 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín)

T. 8 Las campañas de Amílcar en la Península

Amílcar después que tuvo el mando del ejército en Cartago, pronto acrecentó su nación y la hizo llegar hasta las Columnas de Heracles, Gadir y el océano. Así, la ciudad de Gadir es una colonia fenicia, se halla en los confines del orbe habitado, en medio del mismo océano y tiene un puerto. Mas, habiendo hecho la guerra contra los iberos y tartesios, junto con Istolacio, caudillo de los celtas, y

un hermano de éste, los destrozó a todos, entre ellos también a los dos hermanos, a la vez que a otros caudillos de los más destacados; y habiendo cogido vivos a tres mil prisioneros, los enroló en su propio ejército. A su vez, Indortes, después de reunir un contingente de cincuenta mil hombres, puesto en fuga antes del combate, escapó hacia una colina y, sitiado por Amílcar, habiendo huido de nuevo durante la noche, fueron destrozadas la mayor parte de sus fuerzas, y el mismo Indortes capturado vivo. Amílcar, después de dejarle ciego y darle tormento, le hizo crucificar; mas a los restantes prisioneros, que eran más de diez mil, los dejó libres. Y se atrajo a muchas ciudades mediante persuasión, a otras por medio de las armas. Asdrúbal, yerno de Amílcar, enviado a Cartago por su suegro con objeto de que participara en la guerra de los nómadas sublevados contra los cartagineses, aniquiló a ocho mil de ellos, capturó vivos a dos mil y los demás fueron obligados a pagar tributo y esclavizados. Amílcar, habiendo sometido a muchas ciudades en toda la Iberia, fundó una gran ciudad, a la que, por su emplazamiento, llamó Acra Leuca. Amílcar, que se había establecido junto a la ciudad de Hélice poniéndole sitio, permaneció allí con el resto de sus efectivos, tras enviar la mayor parte de su ejército y los elefantes a los cuarteles de Acra Leuca, la ciudad por él fundada. He aquí que el rey de los orisos, que había llegado al mismo tiempo en ayuda de los sitiados, tras haber realizado un fingido pacto de amistad y alianza bélica, puso en fuga a Amílcar; pero éste, en su huida, procuró la salvación de sus hijos y amigos, desviándose por otro camino; y así, perseguido por el rey se arrojó con su caballo a un caudaloso río, y bajo su montura pereció a causa de la corriente, sin embargo el grupo en el que iban sus hijos Aníbal y Asdrúbal fue conducido salvo hasta Acra Leuca.

Diodoro, XXV, 10. 1-4 (Traducción de M. N. Muñoz, Universidad de Granada)

T. 9 La muerte de Amilcar

Cuando la guerra concluyó y mandaron llamar a Hannón a Cartago por unas acusaciones en su contra, Barca se quedó solo al frente del ejército y, como tenía a su lado como asociado a su yerno Asdrúbal, cruzó hacia Gades y después de atravesar el estrecho hasta Iberia, iba devastando las tierras de los iberos, aunque no le habían infligido ningún daño, haciendo de ello una ocasión propicia para él de estar ausente de su patria, de emprender nuevas acciones de guerra,

y de buscar el favor popular mediante sobornos (pues todo lo que capturaba lo repartía y una parte la invertía en sus propias tropas, para que fueran cómplices mejor dispuestos en la comisión de sus desmanes, otra la enviaba hacia la misma Cartago y otra más la distribuía entre quienes hacían política en su favor), hasta que los reyezuelos de los iberos y otros tantos caudillos que se habían alzado contra él acabaron con su vida de esta forma: hicieron avanzar carros con maderas, a los que uncieron bueyes, y siguieron a los carros provistos de armas. Cuando los libios les vieron les entró de inmediato la risa, pues no comprendían la estratagema. Pero cuando estuvieron al alcance, los iberos prendieron fuego a los carros con bueyes y todo, y los lanzaron contra los enemigos, y el fuego, trasladado de un lado a otro al dispersarse los bueyes, sembró la confusión entre los libios. Y una vez que se hubo roto la formación de combate, los iberos, cargando a la carrera sobre ellos, acabaron con la vida del propio Barca y de un buen número de los que le protegían.

Apiano, *Iberike*, 5 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 10 La política de Asdrúbal

Los cartagineses, satisfechos con los beneficios que ya habían obtenido de Iberia, enviaron hacia ella otro ejército y designaron como general con plenos poderes a Asdrúbal, el yerno de Barca, que se hallaba en Iberia. Este nombró como lugarteniente a Aníbal, a quien tenía con él en Iberia y que no mucho después se hizo célebre por sus campañas y era hijo de Barca y hermano de su esposa, un hombre joven, belicoso y que simpatizaba al ejército. Y se ganó a la mayor parte de Iberia mediante la persuasión, pues era convincente en el trato, y para aquellas otras partes que precisaron de la fuerza echó mano del joven y avanzó desde el mar occidental tierra adentro hasta el río Ebro, que divide Iberia más o menos por la mitad y a una distancia de los Pirineos de cinco días de marcha desemboca en el océano occidental.

Apiano, *Iberike*, 6 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T.11 Romanos y cartagineses

En esta misma época Asdrúbal ejercía su poder inteligencia y habilidad, y en conjunto realizó una gran avance mediante la fundación de la ciudad que unos llaman Cartago y otros Ciudad Nueva, que proporcionó a los cartagineses grandes servicios en su política, especialmente por la buena situación del lugar, para la defensa de sus intereses tanto en Iberia como en Libia...Halagaban y trataban benignamente a Asdrúbal, pues habían decidido hacer frente a los celtas y atacarles... Por lo que al tiempo enviaron embajadores a Asdrúbal y establecieron un tratado, en el que, silenciando el resto de Iberia, se dispuso que los cartagineses no debían atravesar en son de guerra el río llamado Ebro. Inmediatamente dispusieron la guerra a los celtas de Italia.

Polibio II, 13 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín)

T. 12 Balance de Asdrúbal y nombramiento de Aníbal

Asdrúbal, el general de los cartagineses tras haber ejercido ocho años el mando en Iberia murió asesinado a traición en una noche en su propia estancia, por un hombre de raza gala a causa de un asunto personal. Había proporcionado un gran auge a los asuntos de los cartagineses, no tanto mediante operaciones de guerra como mediante sus buenas relaciones con los líderes indígenas. Entonces los cartagineses entregaron el mando de Iberia a Aníbal, aunque era joven, a causa de la inteligencia y audacia demostradas en sus acciones. Aníbal tomó el mando, e inmediatamente puso de manifiesto su intención de hacer la guerra a los romanos, y lo hizo finalmente pero la difirió por breve tiempo. Desde entonces sospechas y fricciones eran las notas de las relaciones entre romanos y cartagineses. Unos proyectaban sus planes, pues querían vengar sus derrotas en Sicilia, y los romanos desconfiaban y observaban sus movimientos. A partir de lo cual era evidente para los buenos observadores que iban a hacer la guerra entre sí no mucho tiempo después.

Polibio, II, 36 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín)

T. 13 La primera campaña de Aníbal en Iberia

Por su parte, Aníbal, apenas hubo tomado el mando, se propuso de inmediato dominar el pueblo de los olcades. A su llegada acampó cerca de Altea, la ciudad más fuerte de ellos. Poco después y tras emplear vigorosos y atemorizadores ataques, rápidamente se apoderó de la ciudad, al tiempo que los demás pueblos,

aterrados por lo sucedido, se rindieron a los cartagineses. Impuso tributo a las ciudades y, dueño de considerable suma de dinero, llegó a Nueva Cartago para pasar allí el invierno. Y porque trataba con magnanimidad a los pueblos sometidos y porque daba parte de las soldadas a sus compañeros y parte prometía, consiguió labrar grande reputación para sí y grandes esperanzas para sus tropas.

Polibio III, 13, 5-8 (Traducción de A. Díez Tejera. Alma Mater)

T. 14 Otra versión de los hechos

Por lo demás, desde el día en que se le nombró general, pensó, como si le hubiera tocado la provincia de Italia y se le hubiera encargado la guerra contra Roma, que debía perder más tiempo no fuera a suceder que algún accidente, igual que a su padre Amílcar y después a Asdrúbal, acabara con él mientras se lo pensaba, por eso decidió declarar la guerra a los saguntinos. Pero teniendo en cuenta que, si les atacaba, el ejército romano entraría sin ninguna duda en acción, dirigió antes sus fuerzas al territorio de los olcades – este pueblo al sur del Ebro se encontraba en la parte cartaginesa pero no estaba bajo su jurisdicción – para hacer ver que no había atacado a los saguntinos, sino que una cadena de acontecimientos en el dominio y anexión de pueblos fronterizos le había arrastrado a esa guerra. Conquistó y saqueó Cartala, rica ciudad capital de los olcades; las ciudades más pequeñas, amedrentadas, se sometieron al poder cartaginés y aceptaron la imposición de un tributo. El ejército victorioso y rico por el botín, volvió a los cuarteles de invierno de Cartagena. Allí repartió generosamente el botín y pagó las soldadas atrasadas con arreglo a lo pactado; con ello se atrajo la lealtad de todos los ciudadanos y aliados.

Tito Livio, XXI, 5, 1-6 (Traducción de J. Fernández y A. Ramírez, Alianza)

T. 15 Aníbal contra los vacceos

Al verano siguiente, Aníbal salió, de nuevo, a campaña, ahora contra los vacceos, atacó Helmántica y la conquistó al primer asalto. Pero la ciudad de Arbucala, debido a su tamaño, a su numerosa población y, también, al noble coraje de sus habitantes, tras un asedio lleno de numerosas penalidades, la tomó por la fuerza. Sin embargo, más tarde y cuando regresaba, de improviso se encontró con los mayores peligros, a causa de que se le echaron encima los

carpetanos, pueblo este el más fuerte, quizá, de los que viven en aquellos parajes. A éstos se les unieron, asimismo, sus vecinos, a los que habían incitado, principalmente, los refugiados de entre los olcades y habían encendido, también, los supervivientes de Helmántica. Ante estos enemigos, si los cartagineses se hubieran visto en la necesidad de luchar con ellos en orden de batalla, sin duda habrían sido vencidos. Pero porque Aníbal practicó, entonces, con habilidad y prudencia una lenta retirada, logró poner como defensa el río de nombre Tajo y trabó el combate en torno al lugar por donde el enemigo cruzaba el río. Además, porque utilizó, a la vez, la posición estratégica del río y los elefantes que tenía en número de cuarenta, resultó que todo le salió, increíblemente, como había calculado. Los bárbaros, en efecto, intentaron abrirse paso a la fuerza por varios sitios y cruzar el río, pero la mayor parte de ellos pereció a la salida del agua, pues los elefantes merodeaban a lo largo de la margen del río y atropellaban a los que iban alcanzando la orilla. Por supuesto que muchos fueron muertos en el mismo río por la caballería, pues los caballos resistían mejor la corriente y porque los jinetes, desde una posición superior, combatían a los soldados de a pie. Por último, Aníbal, con los suyos, pasó, a su vez, a la otra margen y, cargando contra los bárbaros, puso en huida a más de cien mil hombres. Con esta derrota, ya nadie de parte de acá del río Ebro se atrevió, sin más, a hacer frente a los cartagineses, excepto Sagunto. Pero de esta ciudad Aníbal procuraba, en lo posible, mantenerse apartado, pues no deseaba brindar a los romanos una ocasión clara de guerra, hasta que hubiera sometido, de forma sólida, todo el resto del país, conforme a las instrucciones y consejos de su padre Amílcar.

Polibio, III, 14 (Traducción de A. Díez Tejera, Alma Mater)

T. 16 Un episodio excepcional

Aníbal, el hijo de Barca, antes de hacer su expedición contra los romanos, atacó en España una gran ciudad: Salmántica. En principio, los asediados sintieron temor y acordaron hacer lo ordenado: entregar a Aníbal trescientos talentos de plata y trescientos rehenes. Pero, cuando éste levantó el asedio, cambiaron de opinión y no cumplieron lo pactado. Éste, entonces, volvió y ordenó a sus soldados atacar la ciudad para saqueo de bienes. Los bárbaros, ciertamente, sobresaltaron y convinieron en que los hombres libres saldrían en túnica y

abandonarían armas, bienes, esclavos y ciudad. Las mujeres, al considerar que los enemigos iban a registrar a cada uno de los hombres que salía, pero que a ellas no las tocarían, cogieron espadas, las escondieron y salieron al mismo tiempo que sus maridos. Una vez que todos hubieron salido, Aníbal los retuvo colocando para su guardia una guarnición de marselleses en las afueras de la ciudad. Los restantes soldados cayeron desordenadamente sobre la ciudad y la saquearon. Como hicieran un gran botín, los marselleses no pudieron soportar el quedarse mirando y no prestaban atención a la guardia, sino que se indignaban y se movían para participar en la ganancia. En este momento las mujeres llamaron a sus hombres, les entregaron las espadas y algunas, incluso, atacaron por sí mismas a los guardianes. También una arrebató la espada a Banón, el intérprete, y lo golpeó, pero por suerte para él llevaba puesta la coraza. De los demás, a unos los derribaron los hombres, pusieron en fuga a otros y se abrieron salida junto con sus mujeres. Aníbal, al enterarse, los persiguió y mató a los que fueron capturados. Los demás llegaron a las montañas y por el momento escaparon, pero después le enviaron una súplica y fueron restablecidos por él en su ciudad, consiguiendo inmunidad y un trato humanitario.

Plutarco, *Virtudes de las mujeres*, 10 (Traducción de M. López Salvá, Gredos)

T. 17 Polibio en Iberia

Y, de otro lado, una vez que aquéllos (los cartagineses) hubieron franqueado el estrecho en las Columnas de Hércules, igualmente dominaron también toda Iberia hasta los acantilados rocosos que sobre nuestro mar constituyen el extremo de los montes Pirineos, límites de iberos y galos. Distan estos acantilados de la entrada a las Columnas de Hércules unos ocho mil estadios. Pues desde las Columnas hasta Nueva Cartago, de donde efectuó Aníbal su partida hacia Italia, se calculan tres mil estadios. [Algunos a Cartagena llaman Nueva Cartago]. Y desde esta ciudad hasta el río Ebro unos dos mil seiscientos estadios y, a su vez, desde aquí hasta Emporio mil seiscientos. (Desde la ciudad de Emporio hasta Narbona alrededor de seiscientos) y, finalmente, desde aquí hasta alrededor del paso del Ródano, aproximadamente, mil seiscientos. Y hay que decir que en la actualidad los romanos tienen medido y señalado con cuidado estos lugares en intervalos de ocho estadios.

Polibio, III, 37 (Traducción de A. Díaz Tejera, Alma Mater)

T. 18 Posidonio en Iberia

El mismo Posidonio afirma que cuando pasó en el Heracleo de Gades muchos días durante el solsticio de verano en el plenilunio no pudo constatar las variaciones anuales, sin embargo en torno al momento de la conjunción de aquel mes observó en Ilipa un gran cambio del reflujó del Betis con relación a los anteriores, en los que la inundación ni siquiera alcanzaba hasta la mitad de las riberas; en cambio entonces, el agua se había desbordado de tal manera que los soldados podían aprovisionarse de agua allí (pues Ilipa dista del mar unos setecientos estadios). Y aunque las llanuras junto al mar se hallaban cubiertas por la pleamar hasta una distancia de treinta estadios hacia el interior, de tal manera que incluso se formaban islas, y que la altura del basamento del templo del Heracleo y del dique que se halla situado delante del puerto de Gades ni siquiera estaban cubiertos hasta los diez codos según afirma tras haber realizado la medición; e incluso si se añadiera el doble de esta cantidad por las crecidas que se producen ocasionalmente, <ni> siquiera así presentaría la apariencia que proporciona en las llanuras la enormidad de la marea.

Estrabón, III, 5, 9 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 19 Retórica y exageraciones

*En cuanto al estaño (Posidonio) afirma que no se encuentra en la superficie, como repiten machaconamente los historiadores, sino que hay que excavarlo; y que se produce entre los bárbaros que se encuentran más allá de los lusitanos y en las islas Casitérides y es transportado desde las islas Británicas hasta Masalia. Entre los ártabros, que son los pueblos más remotos de Lusitania hacia el norte y el oeste, afirma que la tierra está cubierta de plata, de estaño, de oro blanco (pues está mezclado con plata); y que esta tierra la arrastran los ríos, y que las mujeres la escarban con azadas y la lavan en tamices trenzados [**]. Pues estas son las cosas que Posidonio ha dicho sobre las minas.*

Estrabón, III, 2, 9 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 20 Artemidoro en Hispania

Desde los Pirineos hasta las cercanías de Gadeira y la zona interior, todo el país se denomina igualmente Iberia e Hispania. Los romanos lo han dividido en dos

provincias. A la primera provincia pertenece toda la región que se extiende desde los montes Pirineos hasta Nueva Cartago y Castolón y hasta las fuentes del Betis, a la segunda pertenecen las tierras hasta Gadeira y toda la región de Lusitania.

Papiro de Artemidoro (Traducción de B. Kramer)

4. La invención griega de Iberia

T. 1 El desconocimiento de Iberia en los medios griegos

Esquilo dice que el Erídano estaba en Hiberia, es decir en Hispania, y que le mismo se llamaba Ródano; por el contrario Eurípides y Apolonio dicen que el Ródano y el Po confluyen en la costa adriática.

Esquilo, fr. 69 *Las Helíades* (Traducción de E. Gangutia, *Testimonia Hispaniae Antiqua*)

T. 2 El desconocimiento de los territorios del interior

En una palabra, todos los pueblos situados a orillas del mar, tanto por el oriente como por el occidente, se dieron a conocer más fácilmente a los autores que quisieron escribir historia, mientras que los que vivían más adentro en las tierras permanecieron la mayor parte del tiempo ignorados...Sobre los gálatas y los iberos era tal la ignorancia de los historiadores considerados como los más exactos, entre quienes se cuenta Eforo, que, en su opinión, los iberos formaban una sola ciudad, siendo así que ocupan una gran parte del occidente; y se han atrevido a describir y a atribuir a estos pueblos costumbres que no corresponden ni a los hechos ni a los rumores. Si ellos desconocen la verdad, es porque no se tenía ninguna relación en absoluto con esos pueblos; mientras que, si escriben errores, es porque quieren saber de ello más que los demás.

Flavio Josefo, *Contra Apión*, I, 12, 65-68 (Traducción de F. de Samaranch, Aguilar)

T. 3 Los terrores del Océano

Himilcón cuenta que desde estas Columnas hasta la zona occidental existe un abismo marino ilimitado, que la mar se extiende a lo ancho, que se despliega un salado mar. Nadie se aventuró en esta agua, nadie metió sus carenas en aquel llano marino, bien porque falten en alta mar auras que las impulsen, bien porque ningún soplo del cielo empuje la popa, o incluso porque la calina revista el aire con una especie de velo, bien porque la niebla oculte permanentemente el abismo marino y se mantenga un muy espeso nublado durante el día.....este

salado mar se extiende tan poco profundo que apenas llega a cubrir las arenas del fondo...las bestias nadan violentamente por medio de todo el ponto y un pánico intenso mora en esta agua a causa de los monstruos.

Costas marinas, 380-389 y 405-411 (Traducción de J. Calderón, Gredos)

T. 4 Heródoto y los confines del orbe

Parece ser que las zonas más remotas del mundo, que circundan el resto de la tierra y delimitan su extensión, poseen fundamentalmente los productos que a nosotros se nos antojan más preciosos y más raros.

Heródoto III, 116, 3 (Traducción de C. Schrader, Gredos)

T. 5 La extraordinaria riqueza metalífera de la Península

Cuentan que en Iberia, habiendo sido incendiadas las selvas por unos pastores y habiéndose caldeado la tierra con la leña, a los ojos de todo el mundo, se vio fluir plata del suelo. Tiempo después, con motivo de haber sobrevenido unos terremotos y haberse agrietado aquellos lugares, se reunió una gran cantidad de plata, que proporcionó a los masaliotas ganancias nada vulgares.

Pseudo Aristóteles, Relatos maravillosos, 87 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Gredos)

T. 6 El límite de las Columnas

Ya no es fácil seguir surcando el mar inaccesible más allá de las columnas que Heracles, héroe dios, dispuso como gloriosos testigos del límite de la navegación; sometió este en el mar a descomunales monstruos y por propio impulso exploró de las marismas las corrientes, por donde llegó hasta el punto final que le condujo de regreso y descubrió aquella tierra.

Píndaro, Nemeas, III, 21-25 (Traducción de E. Suárez, Cátedra)

T. 7 Ubicaciones polémicas

A causa de esto, unos creen que los cabos del estrecho son las Columnas, otros que Gades, y otros más que se encuentran todavía más lejos que Gades. Algunos supusieron que las Columnas eran Calpe y Abilix (la montaña situada

enfrente en la costa de Libia, de la que Eratóstenes afirma que se halla en el territorio de los metagonios, donde habita un pueblo nómada), otros que las islitas que se hallan en las proximidades de uno y otro, a una de las cuales dan el nombre de Hera; Artemidoro menciona la isla de Hera y su santuario, y afirma que existe otra más, pero no el monte Abilix ni el pueblo de los metagonios...También Dicearco, Eratóstenes, Polibio y la mayor parte de los griegos sitúan las Columnas en los alrededores del estrecho. En cambio los iberos y los libios afirman que se hallan en Gades: pues la región del estrecho no se parece en nada a unas columnas. Otros dicen que éstas son las columnas de bronce de ocho codos del Heracleo de Gades, en las que están inscritos los gastos de la construcción del santuario.

Estrabón, III, 5, 5 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 8 La invención de la historia

Más hacia el interior de estas regiones, en la zona montañosa, pueden verse Odisea y en ella el santuario de Atenea, como han afirmado Posidonio, Artemidoro y Asclepiades de Mirlea, un individuo que enseñó letras en la Turdetania y ha publicado una descripción de los pueblos de esta zona: afirma que como recuerdos del viaje de Odiseo en el santuario de Atenea hay colgados escudos y espolones de barco, y que entre los galaicos habitaron algunos de los que marcharon en campaña con Teucro, y que existen allí ciudades, una llamada Helenes, otra Anfílocos, ya que Anfíloco habría muerto allí y los que le acompañaban habrían emprendido viaje hacia las tierras del interior. También afirma que se ha informado de que algunos de los que iban con Heracles y de los que venían de Mesenia habían colonizado Iberia; y que los laconios ocuparon una parte de Cantabria también lo afirma Asclepiades y otros. Se dice también que allí está la ciudad de Ocela, fundación de Ocelas que había hecho la travesía hasta Italia con Antenor y sus hijos.

Estrabón, III, 4, 3 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 9 Los griegos y la historia

No es posible ser muy preciso en estos pueblos a causa de los cambios que se han producido y de la falta de renombre de estas regiones. Pues en los pueblos más conocidos y reputados se conocen las migraciones y las distribuciones del

territorio y los cambios de denominación y cualquier otra cosa similar: pues son objeto de mención por parte de muchos y especialmente por los griegos, que se han convertido en los más locuaces de todos en estas cuestiones. Pero en lo que respecta a los pueblos bárbaros, alejados, pequeños y dispersos, las menciones existentes no son seguras ni numerosas; pues cuanto más lejos quedan de los griegos más aumenta la ignorancia. Por su parte los historiadores romanos imitan a los griegos, pero no llegan muy lejos, pues lo que dicen lo traducen de los griegos, en cambio de su propia cosecha no es mucho el afán de conocimientos que aportan, de manera que cuando se produce un vacío por parte de aquellos, no es mucho lo que es completado por parte de los otros, especialmente por lo que respecta a los nombres, ya que los más conocidos son la mayor parte griegos.

Estrabón, III, 4, 19 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín)

T. 10 Gerión y la Península Ibérica

Como décimo trabajo le encargó traer de Eritía las vacas de Gerión. Eritía, ahora llamada Gadir, era una isla situada cerca del Océano; la habitaba Gerión, hijo de Crisaor y de la oceánide Calírroe; tenía el cuerpo de tres hombres, fundidos en el vientre, y se escindía en tres desde las caderas y los muslos. Poseía unas vacas rojas, cuyo vaquero era Euritión, y su guardián Orto, el perro de dos cabezas nacido de Tifón y Equidna. Yendo, pues, en busca de las vacas de Gerión a través de Europa, después de matar muchos animales salvajes, entró en Libia y, una vez en Tartesos, erigió como testimonio de su viaje dos columnas enfrentadas en los límites de Europa y Libia. Abrasado por Helios en el trayecto tendió el arco contra el dios, y éste, admirado de su audacia, le proporcionó una vasija de oro en la que cruzó el Océano. Ya en Eritía, pasó la noche en el monte Abas; el perro, al darse cuenta, lo atacó, pero él lo golpeó con la maza y mató al vaquero Euritión, que había acudido en ayuda del perro. Menetes, que apacentaba allí las vacas de Hades, comunicó lo sucedido a Gerión, quien alcanzó a Heracles cerca del río Antemunte cuando se llevaba las vacas, y, trabado combate, murió de un flechazo. Heracles embarcó el ganado en la copa, y habiendo navegado hasta Tartesos, se la devolvió a Helios.

Apolodoro, Biblioteca, II, 5, 10 (Traducción de M. Rodríguez, Gredos).

T. 11 Una definición geográfica de Iberia

La cadena montañosa de los Pirineos se extiende desde el mar Tirreno hasta el océano septentrional, al este habitan los celtas, que ahora se denominan gálatas y galos, y al oeste los iberos y los celtíberos, que comenzando a partir del mar Tirreno se extienden en forma de círculo a través de las columnas de Heracles hasta el océano septentrional. Así Iberia está bañada por mar por todas partes, salvo por los Pirineos, los mayores de los montes europeos y casi los más elevados de todos. De este periplo, se puede atravesar por mar desde el Tirreno hasta las columnas de Heracles, pero no se cruza el océano occidental y septentrional, salvo la travesía en barco hasta los Britanos, y eso dejándose llevar con ayuda de la marea. La travesía supone medio día, y las restantes partes del mar ni los romanos ni los pueblos sometidos a los romanos lo intentan por este océano. El tamaño de Iberia, llamada ahora Hispania en lugar de Iberia por algunos, es grande e increíble para tratarse de un solo país, cuya extensión es de diez mil estadios y cuya anchura equivale a su longitud. La habitan numerosos pueblos con muchos nombres distintos y fluyen también por ella numerosos ríos navegables.

Apiano, *Iberike*, 1 (Traducción de F. J: Gómez Espelosín, Alianza)

T. 12 Su forma y dimensiones

Pues Iberia se parece a una piel de buey, desplegada en longitud de occidente a oriente (las partes delanteras hacia el este) y en extensión de norte a sur. Tiene seis mil estadios de longitud en conjunto, en cambio cinco mil de anchura en su parte más extensa, y hay incluso partes donde alcanza en extensión poco menos de los tres mil estadios, especialmente junto al Pirineo, que constituye su lado oriental. Pues el Pirineo, como una cadena montañosa que se extiende de sur a norte, delimita la Céltica de Iberia. Como tanto la Céltica como Iberia son desiguales en anchura, la parte más estrecha de cada una de las dos en anchura -la que va de nuestro mar al Océano- es la más cercana al Pirineo por ambas partes y forma además golfos, unos en el Océano y otros en nuestro mar; los golfos célticos, a los que denominan también galáticos, son mayores: conforman el istmo más estrecho del lado ibérico. Efectivamente el Pirineo forma el lado oriental de Iberia; en cambio el meridional está constituido por nuestro mar desde el Pirineo hasta las Columnas, y a continuación el mar exterior hasta el

Promontorio llamado Sagrado; el tercero es el lado occidental, paralelo de alguna forma al Pirineo, el que va desde el Promontorio Sagrado hasta el cabo en el país de los ártabros, al que denominan Nerio; el cuarto va desde aquí a los extremos septentrionales del Pirineo.

Estrabón, III, 1, 3 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 13 La guerra de fuego

Una guerra de fuego, tal es la que estalló entre romanos y celtíberos. Fue sorprendente la singularidad y la continuidad de los combates. Pues las guerras en Grecia y en Asia lo más a menudo las decide una sola batalla, raramente una segunda, y las propias batallas, una sola oportunidad, la que se produce en la primera acometida y el desmoronamiento del ejército. Pero en esta guerra sucedió lo contrario de todo lo mencionado. En realidad los combates los dirimía la noche lo más a menudo, pues los soldados no cedían por su coraje ni querían ceder en el cuerpo a cuerpo a pesar del cansancio, sino que se daban la vuelta, cambiaban de opinión y volvían a empezar de nuevo. Fue el invierno el que más que nada paralizó toda la guerra y las continuas confrontaciones. En resumen, si alguien imaginara una guerra de fuego no pensaría en otra que en esta.

Polibio, XXXV, 1 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín)

T. 14 El valor entre los vacceos

Los vacceos (pueblo de Occidente) ultrajan a los cadáveres de los muertos por enfermedad, ya que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al fuego; pero a los que han perdido la vida en la guerra, los consideran nobles, valientes y dotados de valor y en consecuencia, los entregan a los buitres porque creen que estos son animales sagrados.

Eliano, *Historia de los animales* 10, 22 (Traducción de J. M. Díaz-Regañón, Gredos)

T. 15 La guerra como leit motiv

Los cántabros, a quienes no doblegan ni el frío, ni el calor, ni el hambre y que salen triunfantes de cualquier penalidad. Siente este pueblo una extraña

inclinación: cuando la pesada vejez les llena de canas, arrebatan al destino los años que han de pasar ya sin combatir y no soportan la vida sin la guerra. Y es que la única razón de su existencia radica en las armas, les repugna vivir en paz. Silio Itálico, *La guerra púnica*, III, 326-331 (Traducción de J. Villalba, Akal)

T. 16 La devotio iberica

También es ibérica la costumbre de llevar encima un veneno, que obtienen de una planta similar al apio, indoloro, de manera que lo tengan a mano en la ocasión adecuada ante circunstancias indeseadas, y el hecho de que se consagren a los que se han vinculado de manera que llegan a morir por ellos. Estrabón III, 4, 18 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 17 La práctica del bandidaje

Cierta práctica insólita tiene lugar entre los iberos y especialmente entre los lusitanos: pues, de entre los que se hallan en la plenitud de la edad, los más desprovistos de bienes familiares, pero que en cambio sobresalen por su vigor y audacia, después de hacer provisión de fuerza y armas se reúnen en las regiones abruptas de las montañas; una vez que forman tropas considerables, hacen correrías por la Iberia y, practicando el bandidaje, acumulan riquezas y esto lo llevan a cabo actuando con entera presunción. Pues, como usan armamento ligero y son extremadamente ágiles y temerarios, resultan a los demás muy difíciles de vencer. Considerando, en suma, que los terrenos dificultosos de las montañas y las asperezas son su patria, se refugian en ellas porque son difíciles de atravesar para los grandes y pesados ejércitos.

Diodoro V. 34 (Traducción de M. N. Muñoz, Universidad de Granada)

T. 18 Prefieren morir que ser capturados

Además de estas extrañas costumbres se han visto y contado muchas otras acerca de todos los pueblos de Iberia en general, y en particular sobre los del norte, no solo las que tienen que ver con su valor, sino también las relacionadas con su crueldad y su insensatez bestial. En efecto unas madres dieron muerte a sus hijos antes de que fueran capturadas en la guerra con los cántabros; y un niño <de cuatro años>, cuando sus padres y hermanos se hallaban encadenados, los mató a todos tras apoderarse de un arma, ya que su padre se

lo había ordenado; y una mujer dio muerte a los que habían sido capturados con ella. Uno que había sido convocado por unos soldados borrachos se arrojó a una hoguera. Estas costumbres son también comunes a los pueblos célticos, tracios y escitas, y también lo que atañe a la valentía tanto de sus hombres como de sus mujeres.

Estrabón III, 4, 17 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 19 El excesivo amor por la libertad

La mayor parte de los prisioneros bárbaros, mientras marchaban por los caminos, unos se suicidaban, otros se daban muerte entre sí, pues no soportaban el ultraje derivado de la esclavitud. Cierta niño impúber, habiéndose llegado junto a tres hermanas que yacían agotadas de fatiga las degolló; como no se apresuró a ponerse a salvo, lo detuvieron y preguntaron por qué motivo había matado a las hermanas. Entonces les respondió que no les había quedado nada que mereciera la pena vivir; en cuanto a él, absteniéndose de todo alimento, terminó su vida de indigencia. Los mismos cautivos, cuando alcanzaron las montañas de su territorio, se precipitaron al suelo y besaban la tierra gimiendo, a la vez que tomaban polvo en los pliegues de su ropa, de tal modo que hicieron que todo el ejército se moviera a compasión y simpatía hacia ellos. Pues, por influencia de sentimientos comunes propios de la naturaleza humana, cada uno se sentía dominado por un temor divino al comprobar que, incluso las salvajes almas de los bárbaros, cuando el azar desune la vida acostumbrada lejos de la patria, no se olvidan, sin embargo, del cariño hacia la tierra que los hizo crecer.

Diodoro, XXXIV-XXXV, 4 (Traducción de M. N. Muñoz, Universidad de Granada)

T. 20 La autarquía ibérica

Podría pensarse que la causa de las andanzas de los griegos entre los pueblos bárbaros sería el hecho de que estaban divididos en pequeñas partes y en principados que no tenían relaciones entre sí por autosuficiencia, de manera que por causa de esto resultaban débiles frente a los que venían de fuera. Esta autosuficiencia alcanzó su máximo apogeo entre los iberos, que sumaban a ello su pérfido carácter y su falta de honestidad: pues en efecto eran agresivos y prestos al bandidaje por su forma de vida pero solo se atrevían a pequeñas

acciones, en cambio no abordaban grandes empresas debido al hecho de que no constituyeron grandes potencias ni confederaciones. Pues si hubieran querido efectivamente combatir en conjunto no les habría resultado posible a los cartagineses someter sin riesgo la mayor parte de su territorio cuando los atacaron, e incluso todavía antes a los tirios, luego a los celtas, los que en la actualidad se llaman celtíberos y berones, ni después al bandido Viriato ni a Sertorio ni a algunos otros que deseaban ampliar sus dominios. Los romanos, como hicieron la guerra contra los iberos de forma separada contra cada una de sus tribus emplearon mucho tiempo, sometiendo unas veces a unos otras a otros, hasta que tuvieron sometidos a todos después de doscientos años o más. Estrabón III, 4, 5 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 21 Las extrañas costumbres de los habitantes de las montañas

Todos los habitantes de las montañas son frugales, beben agua, duermen sobre el suelo, y dejan que el cabello les cuelgue hacia abajo a la manera de las mujeres; pero combaten ciñéndoselo en la frente con una banda. Se alimentan sobre todo de carne de cabra y sacrifican a Ares un macho cabrío, prisioneros y caballos; y hacen también hecatombes de cada clase al modo griego (como dice también Píndaro

De todo sacrificar cien).

*Llevan también a cabo certámenes gimnásticos, hoplíticos e hípicas (con pugilato, carrera y escaramuza y combate en formación). Los habitantes de las montañas utilizan durante dos partes del año las bellotas de encina, las dejan secar y las trituran, luego las muelen y fabrican un pan que se conserva durante tiempo. También utilizan la cerveza; en cambio apenas tienen vino, el que producen lo consumen rápidamente en banquetes con los parientes. En lugar de aceite usan mantequilla. Realizan sus banquetes sentados, con asientos contruidos en derredor del muro y se sientan de acuerdo con la edad y el rango (los manjares circulan en ronda); y en el momento de la bebida danzan en coro al son de la flauta y la trompeta, pero también dan saltos y se ponen en cuclillas, y en Bastetania danzan incluso las mujeres mezclándose con los hombres y se cogen de las manos unos a otros. Todos visten de negro, la mayoría sayos, en los que se envuelven también para dormir sobre lechos de paja [***] los utilizan*

*de cabras al igual que los celtas. Por su parte las mujeres llevan indumentarias y vestidos floreados. En lugar de moneda [***] se sirven del trueque de mercancías, o cortan una hoja de plata y la entregan a cambio. A los condenados a muerte los arrojan desde un peñasco, a los parricidas los lapidan más allá de las fronteras o de los ríos. Se casan como los griegos. Colocan a los enfermos, como los egipcios antiguamente, en los caminos para que los que han sufrido la enfermedad les den consejos. Hasta el tiempo de Bruto usaban embarcaciones de cuero para los lagos dejados por la marea y los pantanos; pero en la actualidad incluso las barcas de madera de una sola pieza son ya raras. La sal es de color rojizo, pero, una vez molida, de color blanco. Esta es la forma de vida de los habitantes de las montañas, como ya he expuesto; me refiero a los que bordean el lado norte de Iberia: galaicos, astures y cántabros hasta los vascones y el Pirineo.*

Estrabón III, 3, 7 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 22 Una higiene particular

Tienen, por otra parte, una singular y extraña costumbre; pues, siendo cuidadosos de sí y limpios en su modo de vivir, practican un solo hábito de mal gusto, repugnante y que participa de gran suciedad, pues en toda ocasión bañan su cuerpo en orín y, frotándose incluso los dientes, consideran que esto es un cuidado para su cuerpo.

Diodoro, V, 33 (Traducción de M. N. Muñoz, Universidad de Granada)

T. 23 Una forma de vida austera

Se dice también que algunos de los que habitan junto al río Duero llevan un modo de vida al estilo laconio: se untan dos veces al día de aceite en lugares apropiados para ello y toman baños de vapor usando las emanaciones procedentes de piedras candentes, se bañan en agua fría y hacen una sola comida compuesta de ingredientes puros y sencillos.

Estrabón III, 3, 6 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 24 La extrañeza del paseo

Y que los vetones, cuando entraron por primera vez en un campamento romano, como vieron que algunos de los oficiales iban y venían por las calles dándose un paseo, los tomaron por locos y los condujeron hacia sus tiendas como si no tuvieran otra opción que permanecer sentados allí en silencio o estar combatiendo.

Estrabón III, 4, 16 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 25 Una vida indolente y bestial

Y el litoral ibérico que da a nuestro mar abunda en olivos, viñedos, higueras y otros cultivos semejantes, y también una buena parte <de las tierras del interior>; en cambio el litoral del mar exterior, su parte septentrional que bordea el Océano, carece de estos productos a causa del frío, y el resto en su mayor parte a causa de la indolencia de sus habitantes y por el hecho de que no llevan una vida ordenada sino más bien impulsada por la necesidad y el instinto animal con costumbres viles -a no ser que se considere una vida ordenada el hecho de lavarse con orina que se ha dejado envejecer en cisternas y de limpiarse los dientes (tanto los hombres como las mujeres), como se dice que hacen los cántabros y sus vecinos (esto y también el hecho de dormir en el suelo es algo común a iberos y celtas).

Estrabón III, 4, 16 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 26 El exotismo de la indumentaria femenina

También se podría tomar como costumbre bárbara el tocado de algunas mujeres que ha descrito Artemidoro. Pues afirma que en algunos lugares llevan collares de hierro, que tienen ganchos que se doblan por encima de la cabeza y que bajan bastante hasta delante de la frente y que cuando quieren, cuelgan el velo en estos ganchos, de manera que cuando lo extienden proporciona sombra al rostro, y que lo consideran un adorno. En otros lugares se colocan alrededor un pequeño tambor redondeado hacia la nuca que envuelve la cabeza hasta los lóbulos de las orejas, que poco a poco se va reduciendo hacia atrás a lo alto y a lo ancho. Y que otras se depilan tanto la parte delantera de la cabeza que brilla más que la frente; y que otras se colocan encima una pequeña columna de un pie de altura más o menos, trenzan el cabello a su alrededor y luego la rodean con un velo negro.

Estrabón III, 4, 17 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 27 La covada

*Estas trabajan la tierra y cuando han dado a luz se ponen al servicio de sus maridos y les acuestan en su lugar; incluso en muchas ocasiones [***] en plena faena y lavan al niño y lo envuelven en pañales, reclinándose junto a un arrollo. Posidonio afirma que en la Ligústica su huésped Carmoleón, un masaliota, le contó que había contratado hombres junto con mujeres para excavar una fosa; y que una de las mujeres cuando sintió los dolores se apartó del trabajo, dio a luz y regresó de nuevo de inmediato al mismo, para no perder el salario; él vio que realizaba la faena con esfuerzo, y como no había sabido la causa con antelación, se enteró ya tarde y la dejó marchar tras haberle hecho entrega del jornal; y ella llevándose al niño junto a una fuente, lo lavó y lo envolvió en los pañales que tenía, y se lo llevó sano y salvo hasta su casa*

Estrabón III, 4, 17 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 28 La ginecocracia cántabra

Así pues tales casos podrían ser ejemplo del salvajismo de sus costumbres. Pero algunas costumbres, aunque quizá menos civilizadas, no son sin embargo salvajes, como el que entre los cántabros los esposos aporten la dote a las mujeres, y el que las hijas queden como herederas, y que los hermanos sean entregados por éstas a sus esposas (pues poseen una cierta ginecocracia, y esto no es del todo civilizado

Estrabón III, 4, 18 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 29 La religión de los lusitanos

Los lusitanos son aficionados a los sacrificios, y examinan las entrañas sin necesidad de extraerlas; también examinan además las venas del costado, y descubren los indicios mediante el tacto. Predicen también mediante la inspección de las entrañas de sus prisioneros a los que cubren con sayos: luego cuando son golpeados por el arúspice por debajo de las entrañas, obtienen un primer presagio por la forma en que caen (amputan las manos de los prisioneros y consagran las diestras a los dioses).

Estrabón III, 3, 6 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 30 Sacrificios humanos

¿Por qué al enterarse los romanos de que los llamados Bletonesios, tribu bárbara, habían sacrificado un hombre a los dioses, mandaron llamar a sus gobernantes para castigarlos pero, al mostrar que lo habían hecho de acuerdo con una costumbre, los pusieron en libertad, y prohibieron esta acción en lo sucesivo?

Plutarco, Cuestiones Romanas, 83 (Traducción de M. López Salvá, Gredos)

T. 31 Extraños cultos y ceremonias

Algunos afirman que los galaicos no tienen dioses y que los celtíberos y sus vecinos del norte <hacen sacrificios> a un dios sin nombre en las noches de luna llena delante de las puertas de las aldeas, y que con toda la familia danzan y permanecen en vela toda la noche.

Estrabón III, 4, 16 (Traducción de F. J. Gómez Espelosín, Alianza)

T. 32 Casos de canibalismo

Los numantinos, por su parte, rodeados por Escipión con su empalizada y un terraplén, cuando hubieron consumido todo aquello que podía entretener su hambre, terminaron por alimentarse de cadáveres humanos. Por lo cual, una vez tomada la ciudad, se hallaron muchos que llevaban bajo sus vestidos trozos y miembros enteros de cuerpos muertos. En este caso la necesidad no es una excusa, porque, si eran libres para morir, no tenían la obligación de sobrevivir bajo tales condiciones.

La execrable impiedad de los habitantes de Calahorra, que se hallaban en una circunstancia parecida, superó la horrible obstinación de los numantinos. Los calagurritanos, sitiados por Cneo Pompeyo, para frustrar los esfuerzos de éste mostraban una perseverante fidelidad a los manes del asesinado Sertorio. Como no quedaba ya en la ciudad ningún animal que les sirviera de sustento, llegaron

al horrendo extremo de comer a sus mujeres y a sus hijos. Más aún, la juventud en armas para alimentar durante más largo tiempo sus vientres con sus propias vísceras, no dudó en salar los míseros restos de los cadáveres. Valerio Máximo, Hechos y dichos memorables (Traducción de F. Martín Akal).

T.33 Semblanza de Viriato

Era éste uno de los lusitanos que vivían junto al mar océano, y siendo pastor desde niño, vivió habituado a la vida en la montaña, en lo cual le secundaban también sus dotes físicas; en efecto, aventajó a los iberos en fuerza, rapidez y en la facilidad de movimientos de sus demás miembros. Se acostumbró a sí mismo a tomar poco alimento, en medio de muchos ejercicios, a dormir hasta solo lo necesario y, en resumen, inseparable siempre de sus armas y manteniendo luchas con fieras y ladrones, se hizo famoso entre las masas populares y fue elegido caudillo de éstas, y pronto reunió en torno a sí una tropa de bandidos. Saliendo victorioso en los combates, se hizo admirar por su valor y gozó además fama de general excelente. Era también justo en el reparto de botín, y según el mérito de cada cual encumbró con regalos el valor de sus hombres. Al avanzar nunca se mostró a sí mismo como un bandido, sino como un jefe, y luchó contra los romanos vencéndolos en muchas batallas.

Diodoro, XXXIII, 1 (Traducción de M^a N. Muñoz, Universidad de Granada)

T. 34 Otra visión de Viriato

Que Viriato, varón lusitano, que era de muy oscuro linaje según opinión de algunos, por las notorias hazañas que realizó, pasó de pastor a bandido y, después a general. En efecto, desde su nacimiento y gracias a los entrenamientos, fue muy ágil para perseguir y escapar y muy fuerte en el combate a pie firme. Tomaba con el mayor placer el alimento que hubiera disponible y la bebida que se ofreciera, pasaba el mayor tiempo de su vida al aire libre y le bastaba como lecho el que le ofrecía en cada momento la naturaleza. Por ello resultaba capaz de soportar todo el calor y todo el frío del mundo, nunca sufrió por hambre ni se sintió vencido por ninguna otra carencia, pues siempre sacaba provecho, por ser autosuficiente para todas las necesidades, de lo que en cada caso estuviera a mano, como si fuera lo mejor.

Con ser tal su cuerpo, tanto gracias a la naturaleza como al ejercicio, resultaba muy superior en las virtudes del alma. Era, en efecto, rápido para pensar y tomar las decisiones que hiciera falta (al mismo tiempo sabía lo que había que hacer y conocía su momento oportuno), y también era hábil para fingir que ignoraba lo más claro y conocía lo más recóndito. Además, ejerció por igual como general y como servidor de sí mismo para todo, y no daba la sensación de humilde ni de arrogante; es más, hasta tal punto se había producido la mezcla entre la debilidad de su linaje y la dignidad de su fuerza que no parecía ni más fuerte ni más débil que nadie. En resumen, no hacía la guerra por ambición ni por poder, ni siquiera por orgullo, sino por la acción en sí y, sobre todo por este motivo, fue considerado tanto amigo de la guerra como buen guerrero.

Dion Casio, XXII, 73 (Traducción de D. Plácido, Gredos)

T. 35 La boda de Viriato

Viriato, cuando, en ocasión de sus bodas, se expusieron muchas copas de plata y oro y vestidos de todos los colores y clases, apoyado en su lanza contemplaba tal abundancia sin admiración ni asombro, sino más bien mostrando una actitud de desdén. Y habiendo dado a entender mucho en una sola respuesta de gran prudencia, dio muchas muestras de rudeza y de insensatez para con sus bienhechores...en sentir desprecio hacia los inconstantes dones de la Fortuna y, en especial, que incluso la misma riqueza de su suegro, tan proclamada, le estaba sometida al que estaba armado de la lanza, y además, que mayor reconocimiento le debía a él y que no le daba nada de sí mismo a él que era el dueño de todo. Y así, Viriato, por más que le insistían no se lavó ni tomó asiento; dispuesta la mesa con todo tipo de manjares, tomó unos panes y carne y lo repartió entre los que le acompañaban y él, después de llevarse a la boca una pequeña porción de alimentos, ordenó traer a la novia. Una vez que ofreció los sacrificios a los dioses y cumplió los ritos habituales entre los iberos, puso a la joven sobre su caballo y al instante marchó al refugio que tenía dispuesto en las montañas; pues creía que la independencia era el mayor tesoro, tenía a la libertad por su patria y a la primacía debida al valor como la posesión más segura. Era también este hombre de conversación ingeniosa, ya que, conforme a su natural autodidacta y recto, pronunciaba palabras irreprochables.

Viriato, habiéndose expuesto en sus bodas muchos objetos magníficos, cuando se sació de contemplarlos, preguntó a Astolpas: ‘Y ahora que los romanos ven todo esto en tus festines ¿Cómo permanecerían ajenos a tal ostentación de riquezas, cuando, gracias a su poder, pueden apoderarse de ellas?’. Al responderle aquel que, aunque muchos las contemplaron, ninguno había hecho intento de tomarlas o pedir las, dijo: ‘Entonces, hombre, si ellos que son los vencedores te conceden indemnidad y te permiten gozar con seguridad de todo esto, ¿Por qué les abandonas y deseas emparentar conmigo que duermo en el campo bajo la noche y soy de linaje desconocido?’.

Diodoro XXXIII, 7 (Traducción de M. N. Muñoz, Universidad de Granada)

T. 36 Los méritos de Viriato

Pues era, según opinión unánime, el más belicoso en los combates y a la vez el más hábil general en cuanto a prever lo que más convenía, y, lo más importante, cumplió todo el tiempo de su mando amado por sus soldados como ningún otro lo fue. Pues en los repartos que sucedían a los saqueos no reservaba para sí más de la parte que tocaba a los soldados rasos, e incluso de lo que se le entregaba recompensaba a los soldados que consideraba dignos de gratitud y ayudaba a los de escasos medios. Era además sobrio, vigilante y precavido de toda dificultad y peligro y aún capaz de dominar cualquier placer. Y son manifiestas las pruebas de su gran mérito: pues durante once años que duró su primacía sobre los lusitanos, no sólo permanecieron sus tropas sin la menor sedición, sino también casi invencibles. Sin embargo, después que murió, el grupo de los lusitanos fue disgregado, al quedar privado de su dirección.

Diodoro XXXIII, 21 (Traducción de M. N. Muñoz, Universidad de Granada)

